

*En aquel tiempo, dijo Pedro a Jesús: «Ya ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué nos va a tocar?». Jesús les dijo: «En verdad os digo: cuando llegue la renovación y el Hijo del hombre se sienta en el trono de su gloria, también vosotros, los que me habéis seguido, os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Todo el que por mí deja casa, hermanos o hermanas, padre o madre, hijos o tierras, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna».*

Los apóstoles preguntan a Jesús por el provecho de seguirle. Jesús les habla de la infinita generosidad de Dios. Pero para poder recibir de Dios lo que nos quiere dar, es necesario escoger a Dios sobre todas las cosas. Las renunciaciones humanas no son pobreza, sino que son fecundas, porque liberan nuestro corazón de todas las ataduras que, en el fondo, nos hacen esclavos.

Hoy Jesús me pregunta al corazón qué antepongo en mi vida al amor de Dios. Qué me esclaviza. Pide al Señor esa sanación, esa liberación del corazón.

El corazón que escoge a Dios más que a nada, es un corazón tan libre, que capaz de contener a Dios mismo. Este es el corazón de María.